

Del dato disperso a la inteligencia compartida



Víctor López

Editor adjunto

Vivimos en una sociedad que produce datos de forma constante. Cada interacción, cada servicio, cada proceso asistencial, cada investigación, cada evaluación y cada decisión organizativa deja una huella de información. Sin embargo, disponer de datos no significa necesariamente disponer de conocimiento. En muchos ámbitos, y de forma muy especial en los de la salud mental, la neurociencia, la longevidad –el conjunto de retos y oportunidades de una sociedad que envejece–, los cuidados continuos y la autonomía personal, los datos existen, pero permanecen fragmentados, dispersos, poco conectados o infrautilizados.

Este nuevo número de *BRAINS* parte de una pregunta aparentemente sencilla, pero profundamente transformadora: ¿qué pasaría si aprendiéramos a compartir mejor los datos que ya existen? No se trata de compartir más por compartir, ni de exponer indiscriminadamente información sensible, ni de convertir los datos de las personas en una mercancía. Se trata de construir las condiciones necesarias para que los datos puedan circular de forma segura, gobernada, ética y útil. Es decir, de convertir el dato disperso en inteligencia compartida.

La salud mental y los cuidados de larga duración son ámbitos especialmente complejos. No pueden entenderse únicamente desde una variable clínica, ni desde una mirada social aislada o desde una dimensión económica o tecnológica por separado. Las trayectorias vitales de las personas recorren servicios sanitarios, sociales, comunitarios, familiares, laborales, educativos y residenciales. También están influidas por el entorno físico, las condiciones de vida, la edad, la soledad no deseada, la autonomía funcional, la prevención, la accesibilidad y la capacidad de los sistemas para anticiparse. En este contexto, los datos pueden ayudar a comprender mejor la complejidad, pero solo si se organizan, se interpretan y se comparten bajo reglas claras de confianza.

El reto no es menor. Durante años, muchas organizaciones han recogido información valiosa en sus procesos cotidianos: registros asistenciales, indicadores de actividad, datos de seguimiento, evaluaciones de resultados, informes sectoriales, fuentes públicas, datos de investigación o información territorial. Pero buena parte de ese conocimiento potencial queda encerrado en silos, en compartimentos aislados sin conexión entre sí. A

menudo no se reutiliza, no se integra con otros datos, no permite generar aprendizajes compartidos o no se transforma en herramientas prácticas para la toma de decisiones. Así, el sector puede estar acumulando información sin llegar a convertirla plenamente en valor.

Los espacios de datos nacen precisamente para responder a esta brecha. Su objetivo no es crear grandes repositorios centralizados ni imponer una única solución tecnológica, sino facilitar ecosistemas donde distintas entidades puedan descubrir, conectar, analizar y reutilizar datos bajo condiciones de seguridad, interoperabilidad, soberanía y gobernanza. En sectores sensibles, esta lógica es especialmente importante: la confianza no es un elemento accesorio, sino la condición que hace posible cualquier colaboración.

En este número presentamos el proyecto MindSyst como una iniciativa que quiere explorar ese camino en el ámbito de la salud mental, la neurociencia, el envejecimiento, los cuidados y la autonomía personal. MindSyst no se presenta como una respuesta cerrada ni como un espacio de datos perfecto. Al contrario, su interés reside precisamente en mostrarse como una infraestructura en construcción, capaz de aprender a partir de casos de uso diversos, con distintos niveles de madurez, distintas fuentes de información y diferentes necesidades sectoriales. Construir confianza en torno al dato no consiste en ocultar la complejidad, sino en transformarla en método.

A lo largo del número, abordaremos esta transformación desde diferentes perspectivas. Reflexionaremos sobre el papel del dato como infraestructura de confianza y sobre la función de los ecosistemas colaborativos para detectar necesidades, articular actores y generar valor compartido. También nos detendremos en una dimensión imprescindible: la ciberseguridad, la soberanía del dato, la inteligencia artificial (IA) y la gobernanza. Porque ninguna promesa tecnológica será sostenible si las entidades no saben qué ocurre con sus datos, quién accede a ellos, para qué finalidad y con qué garantías.

Exploraremos el valor de compartir datos y los nuevos modelos de negocio que pueden surgir en salud mental, longevidad/envejecimiento y cuidados asistenciales. No desde la lógica reduccionista de la monetización, sino desde una perspectiva más útil: ¿cómo pueden los datos convertirse en mejores servicios, mejores decisiones, mayor eficiencia, inteligencia sectorial y nuevas formas de colaboración? El valor no está en vender datos, sino en generar servicios de valor a partir de datos protegidos y bien gobernados.

La investigación tendrá también un lugar central. Los principios FAIR –datos localizables, accesibles, interoperables y reutilizables–, los marcos europeos como Gaia-X y el uso secundario de datos pueden ayudar a resolver uno de los grandes cuellos de botella de la investigación: la dificultad para encontrar, acceder, conectar y reutilizar información de forma segura y confiable. En salud mental, neurociencias, envejecimiento y cuidados, la generación de conocimiento exige conectar datos clínicos, sociales, funcionales, comunitarios, territoriales y de investigación. Sin esa conexión, la evidencia seguirá siendo parcial.

El caso de Residencial Palau permitirá aterrizar esta reflexión en una necesidad muy concreta: anticipar mejor para cuidar mejor. A partir de años de registros asistenciales, una residencia puede empezar a preguntarse si sus propios datos históricos pueden ayudar a detectar riesgos, prevenir derivaciones hospitalarias evitables y apoyar a los equipos profesionales. Este caso nos recuerda algo fundamental: que el futuro de los cuidados no depende solo de incorporar más tecnología, sino también de saber aprovechar mejor la experiencia acumulada por las organizaciones y sus profesionales.

También analizaremos otros niveles de madurez del dato. Algunos casos parten de datos históricos reales; otros, de fuentes abiertas e inteligencia competitiva, de estructuras parciales y datos sintéticos o incluso de una visión macroeconómica o territorial todavía emergente. Esta diversidad no debe entenderse como una debilidad, sino como una representación realista del sector. No todas las entidades parten del mismo punto, pero todas pueden avanzar si existe una metodología que acompañe la maduración del dato, con puntos clave como identificar una necesidad, formular una pregunta, localizar información, evaluar su calidad, definir gobernanza y generar aprendizaje reutilizable.

La dimensión social del dato ocupará igualmente un espacio relevante. La atención integrada entre salud, servicios sociales y cuidados no se conseguirá solo conectando sistemas tecnológicos. Requiere confianza, lenguaje común, interoperabilidad, ética y claridad sobre las finalidades. En este recorrido, los datos sintéticos o las estructuras parciales pueden tener un papel importante como entornos de aprendizaje antes de trabajar con datos reales especialmente sensibles. El objetivo no es compartir más datos, sino compartir mejor, con propósito, proporcionalidad y utilidad social.

Finalmente, abriremos la mirada hacia Europa y hacia la neurociencia. Infraestructuras como EBRAINS –la

red europea de investigación en neurociencia surgida del Human Brain Project– muestran cómo la investigación científica necesita datos, modelos, herramientas y entornos compartidos para avanzar. MindSyst puede dialogar con esa lógica desde una capa aplicada, aportando casos reales, entidades del territorio, *living labs* y validación en contextos asistenciales y sociales. La complementariedad entre excelencia científica e impacto práctico será clave para los proyectos europeos del futuro.

Este número de *BRAINS* quiere invitar al sector a hacerse nuevas preguntas. ¿Qué datos tenemos? ¿Qué problemas queremos resolver? ¿Qué podríamos compartir de forma segura? ¿Qué capacidades necesitamos desarrollar? ¿Qué retorno esperamos obtener? ¿Qué reglas deben proteger a las personas, a las entidades y al ecosiste-

ma? Y, sobre todo, ¿cómo podemos transformar datos dispersos en conocimiento útil para cuidar mejor?

El futuro de la salud mental, el envejecimiento y los cuidados no será únicamente tecnológico, será colaborativo, ético, gobernado y orientado a valor. Los datos pueden ayudarnos a anticipar necesidades, diseñar mejores servicios, investigar con más profundidad, coordinar recursos y tomar decisiones más justas y eficaces. Pero solo lo harán si somos capaces de construir confianza.

Ese es el desafío que recorre este número: pasar del dato aislado a la inteligencia compartida. No para sustituir la experiencia humana, sino para reforzarla. No para reducir la complejidad de las personas a indicadores, sino para comprender mejor sus necesidades. No para compartir más, sino para compartir mejor.